

Eran antiguos y muy justificados los clamores de los moralistas contra los libros de caballerías, que ellos miraban como un perpetuo incentivo de la ociosidad y una plaga de las costumbres. El mayor filósofo de aquella centuria, Luis Vives, los acriminó con verdadera saña, no sólo en el pasaje ya citado *De institutione feminae christianae* (1), tan interesante por contener una especie de catálogo de los que entonces corrían con más crédito, sino en su magistral obra pedagógica *De causis corruptarum artium* (2). El reformador de los estudios teológicos Melchor Cano, tan análogo a Vives en su tendencia crítica, tan diverso en el carácter, refiere haber conocido a un sacerdote que tenía por verdaderas las historias de Amadís y D. Clarián, alegando la misma razón que el venetero de D. Quijote; es a saber: que cómo podían decir mentira unos libros impresos con aprobación de los superiores y con privilegio real (3). Cano los despreciaba demasiado para considerarlos muy peligrosos: tenía los por meras vaciedades, escritas por hombres ignorantes y mal ocupados; le alarmaban mucho más (y lo dice claramente) los libros de devoción escritos en lengua vulgar, cuando trataban hondas materias teológicas o místicas (4).

(1) Completaré la cita con el final de este pasaje, que en la página CI omití por tener aquí lugar más propio:

*«Eruditio non est expectanda ab hominibus (los autores de libros de caballerías), qui ne umbram quidem eruditionis viderant; jam quum narrant, quae potest esse delectatio in rebus, quas tam aperte et stultè fingunt: hic occidit solus viginti, ille triginta; alius sexcentis vulneribus confossus, ac pro mortuo jam derelictus, surgit protinus, et postridie sanitati viribusque redditus, singulari certamine duos Gigantes prosternit; tum procedit onustus auro, argento, serico, gemmis, quantum nec oneraria navis posset portare. Quae insania est, iis duci aut teneri? Deinde argutum nihil est, praeter quaedam verba ex penitissimis Veneris scriniis deprompta, quae in tempore dicuntur ad perpendendam, concutiendamque quam ames, si forte sit paullo constantior: si propter haec leguntur, satius erit libros de arte lenonia (sit honos auribus) scribi; nam in aliis rebus; arguta quae possunt proficisci ab scriptore omnis bonae artis experte? Nec ullum audivi affirmantem illos sibi libros placere, nisi qui nullus attigisset bonos; et ipse interdum legi, nec ullum reperi vel bonae mentis, vel melioris ingenii, vestigium (tomo IV de la ed. de Valencia, p. 87).*

Se ve que además del pliego moral, lo que preocupaba a Vives y a la mayor parte de los sabios de su tiempo contra los libros de caballerías, era la ignorancia de sus autores, ingenios legos la mayor parte y ayunos de cultura clásica.

(2) Hablando de la aridez de las crónicas y compilaciones historiales de su tiempo, dice que muchos se retraían de leerlas por lo pesado de su estilo, y se daban a la vana lección de los libros fabulosos de caballerías:

*«Idcirco nec eos, nisi homo curiosus legit, et cognoscendi temporum cupidus; qui vero relegant, non inveniunt, ut satius ducant libros legere aperte mendaces, et meris nugis referios, propter aliquod stili lenocinium, ut «Amadisum» et «Florisandum» hispanos, «Lonciotum» et «Mensam Rotundam» gallicam, «Rolandum» italicum; qui libri ab hominibus sunt otiosis conficti, pleni eo mendaciorum genere, quod nec ad sciendum quidquam conferat; nec ad bene, vel sentiendum de rebus, vel vivendum, tantum ad inanem quandam, et praesentem titillationem voluptatis; quos legunt tamen homines corruptis ingeniis ab otio atque indulgentia quadam sui, non aliter quam delicati quidam stomachi, et quibus plurimum est indultum, saccareis modo et melleis quibusdam condituris sustentantur, cibum omnem solidum respuentes» (De Causis corruptarum artium, lib. II, cap. VI, p. 109 del tomo VI de la edición de Valencia).*

(3) *«Nam et aetas nostra sacerdotem vidit, cui persuasissimum esset, nihil omnino esse falsum, quod semel typis fuisset excusum. Non enim est, ajebat, tantum facinus Republicae administratos commissuros, ut non solum divulgari mendacia sinerent, sed suo etiam communirent privilegio, quo illa tatius mentes mortalium pervagarentur. Quo sane argumento permotus animum induxit credere, ab Amadiso et Clariano res eas vere gestas, quae in illorum libris commentitiis referuntur (De locis Theologicis, libro XI, cap. VI).*

(4) *«Nec de fabulis istis polissimum exorior, quas modo dixi, quamvis ineruditis, et nihil omnino conferentibus, non dico ad bene, beateque vivendum, sed ne ad recte quidem de rebus humanis sentiendum. Quid enim conferant, merae ac vanae nugae ab hominibus otiosis fictae, a corruptis ingeniis versatae? Sed acerbissimus est dolor, et vix omnino consolabilis, quod dum quidem (utinam tam prudenter, quam ferventer) incommodum hoc rejicere, ac devitare cupiunt non pro fabulis veras et graves historias edunt, in quod esset plebi utilissimum, sed libros mysteriorum ecclesiae plenos, a quibus arcendi profani erant: id quod est, mea quidem sententia, pestilentissimum, eo vero magis, quo*

Pero es claro que los ascéticos, escritores de fadole mucho más popular, no podían afectar la misma desdeñosa tolerancia que, precisamente por animadversión a ellos, mostraba el clásico expositor de los lugares teológicos, encastillado en el alcazar de su ciencia escolástica y de su arte ciceroniana. «En nuestros tiempos (decía el maestro Alonso de Venegas), con detrimento de las doncellas recogidas se escriben los libros desahorados de cavallerías, que no sirven sino de ser unos sermonarios del diablo, con que en los rincones caza los animos de las doncellas...» «Vemos que veda el padre a la hija que no le venga y le vaya la vieja con sus mensajes, y por otra parte es tan mal recatado que no le veda que leyendo *Amadises* y *Esplandianes*, con todos los de su bando, le esté predicando el diablo a sus solas; que allí aprende las celadas de las ponzoñas secretas, demas del habito que hace en pensamientos de sensualidad; que assi la hacen saltar de su quietud como el fuego a la polvora (1)».

Envolviendo en la misma condenación los libros caballerescos, las novelas pastoriles y hasta las poesías líricas de asunto profano, por honestas que fuesen (lo cual era llevar la intransigencia ética hasta el último término posible), lanzaba contra todos ellos ardorosa invectiva el elocuente y pintoresco autor de la *Conversión de la Magdalena* Fray Pedro Malón de Chaide: «Qué otra cosa son los libros de amores y las *Dianas* y *Boscas* nes y *Garcilasos*, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadises*, *Floriseles* y *Don Belianis*, y una flota de semejantes portentos como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso?... otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras sin pies ni cabeza, de que estan llenos los libros de caballerías, que asi los llaman, a los que si la honestidad del termino lo sufriera, con trastocar pocas letras se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías. Y si a los que estudian y aprenden a ser cristianos en estos catecismos les preguntais que por qué los leen y cuál es el fruto que sacan de su lición, respon-

*vulgus eos libellos securius legit, quia probatos non videt modo a civili magistratu, verum etiam ab iis, qui doctrinae censors sunt in Christi Republica definiti» (Ib.).*

La primera edición de la obra de *Locis* es de Salamanca, 1563. Sigo el texto de la de Padua, 1734, p. 333.

Quien haya leído la *Censura* de Melchor Cano sobre el Catecismo de Carranza comprenderá que su alusión va contra los libros místicos en romance, y particularmente contra los de Fray Luis de Granada.

(1) Prólogo al *Apólogo de la Ociosidad y del Trabajo* del protonotario Luis Mexia, en las *Obras de Francisco Cervantes de Salazar*, Madrid, Sancha, 1772, p. IX. (La primera edición es de Alcalá de Henares, 1546). Análogos conceptos expresa Venegas en la prefación que escribió para la *moral y muy graciosa historia del Momo*, obra de León Bautista Alberti, florentino, traducida al castellano por Agustín de Almazán (1553).

A Venegas siguió casi literalmente su discípulo Francisco Cervantes de Salazar en una de sus adiciones a la versión que hizo de la *Introducción y camino para la sabiduría*, de Luis Vives: «Tras el sabroso hablar de los libros de caballerías bebemos mil vicios como sabrosa ponzoña: porque de allí viene el aborrecer los libros sanctos y contemplativos, y el desear verse en actos feos, cuales son los que aquellos libros tratan... Guarda el padre a su hija, como dicen, tras siete paredes, para que quitada la ocasión de hablar con los hombres sea más buena; y dexandola un *Amadís* en las manos, donde deprende mil maldades y desea peores cosas, que quizá en toda la vida, aunque tratara con los hombres, pudiera saber, ni desear, y vase tras el gusto de aquello, que no querria hacer otra cosa; ocupando el tiempo que había de gastar en ser laboriosa y sierva de Dios, no se acuerda de rezar ni de otra virtud, deseando ser otra *Oriana* como allí y verse servida de otro *Amadís*. Tras este deseo viene luego procurarlo; de lo cual estuviera bien descuidada si no tuviera donde lo deprendiera. En lo mesmo corren tambien lanzas parejas los mozos, los cuales con los avisos de tan malos libros, encendidos con el deseo natural, no tratan sino cómo deshonorarán la doncella y afrentarán la casada. De todo esto son causa estos libros. los cuales plega a Dios, por el bien de nuestras almas, vieden los que para ello tienen poder» (P. 24 de la ed. de Sancha, ya citada).



deros han que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía para con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos, y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar a sus enemigos; de suerte que os persuadirán que *Don Florisel* es el libro de los *Macabeos*, y *Don Bellanis* los *Morales* de San Gregorio, y *Amadis* los *Oficios* de San Ambrosio, y *Lisuarte* los libros de *Clemencia* de Seneca..... Como si en la Sagrada Escritura y en los libros que los santos doctores han escrito faltaran puras verdades, sin ir a mendigar mentiras; y como si no tuvieramos abundancia de ejemplos famosos en todo linaje de virtud que quisiésemos, sin andar a fingir monstruos increíbles y prodigiosos. ¿Y qué efeto ha de hacer en un mediano entendimiento un disparate compuesto a la chimenea en invierno por el juicio del otro que lo soñó? (1).

Aun escritores que no tenían cargo especial de almas, o no enderezaban sus trabajos a la edificación popular, humanistas, historiadores, moralistas mundanos o simples eruditos, fulminan las mismas censuras, y abogan de continuo, sobre todo en los prólogos de sus obras, por la absoluta proscripción de los libros de caballerías. Así Fr. Antonio de Guevara, tan poco escrupuloso en materia de fábulas históricas, y que a su modo también cultivaba la novela, decía en el argumento de su *Aviso de Privados*: «Vemos que ya no se ocupan los hombres sino en leer libros que es afrenta nombrarlos, como son *Amadis de Gaula*, *Tristan de Leonis*, *Primaleon*, *Carcel de amor* y *Celestina*, a los cuales y a otros muchos con ellos se debria mandar por justicia que no se imprimiesen ni menos se vendiesen, porque su doctrina incita la sensualidad a pecar, y relaxa el espíritu a bien vivir» (2). Indignábase el *magnífico caballero* Pero Mexía, elegante vulgarizador de las historias clásicas, de ver aplicado el nombre de crónicas a «las trufas e mentiras de Amadis y de Lisuarte y Clarianes, y otros portentos que con tanta razon debrian ser desterrados de España, como cosa contagiosa y dañosa a la republica, pues tan mal hacen gastar el tiempo a los autores y lectores de ellos. Y lo que es peor, que dan muy malos exemplos e muy peligrosos para las costumbres. A lo menos son un dechado de deshonestidades, crueldades y mentiras, y segun se leen con tanta atencion, de creer es que saldrán grandes maestros de ellas... Abuso es muy grande y dañoso, de que entre otros inconvenientes se sigue grande ignominia y afrenta a las crónicas e historias verdaderas, permitir que anden cosas tan nefandas a la par con ellos» (3). Otro escritor sevillano, contemporáneo de Mexía, Alonso de Fuentes, cuya *Summa de philosophia natural* (1547) encierra tantas curiosidades, no sólo traza la semblanza de un *doliente*, precursor de D. Quijote, que se sabía de memoria todo el *Palmerín de Oliva* «y no se hallaba sin él, aunque lo sabía de cabeza», sino que conmina a los gobernadores y *prebostes* de las ciudades para que persigan libros semejantes, por «el mal exemplo que dellos resulta. Porque, dad aca, en el más cendrado libro destes, ¿qué se trata, dexando aparte ser todo fabulas y mentiras, sino que uno llevó la mujer de aquel y se enamoró de la hija del otro; cómo la recuestaba y escrevia, y otros avisos para los que estan acaso

(1) *Libro de la Conversion de la Magdalena, en que se ponen los tres estados que tuvo de Pecadora, y de Penitente, y de Gracia...* Compuesto por el Maestro Fray Pedro Malon de Chaide, de la orden de S. Agustin... En Lisboa, impresso por Pedro Crasbeeck. Año 1601. Pág. 2 vta. y ss. La primera edición de este clásico libro parece ser la de Barcelona, 1588.

(2) Libro llamado *aviso de privados y doctrina de cortesanos...* Compuesto por el ilustre señor don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, predicador y cronista y del consejo de su magestad... M. D. XXXIX (Valladolid, por Juan de Villaquirán). Hoja 7 sin foliar.

(3) *Historia Imperial y Cesarea...* compuesta por el Magnífico Cavallero Pedro Mexía, vezino de la Ciudad de Sevilla... Año 1655... En Madrid, por Melchor Sanchez. Pág. 205. La primera edición es de Sevilla, 1545.

descuidados? Y no yerro en lo que digo, que me admiro que se tenga cuidado en prohibir meter en este reino las sábanas de Bretaña (a causa que se hallaban enfermas por su respecto muchas personas de muchas enfermedades contagiosas, de las cuales las dichas sábanas venían inficionadas), y no se provea en suplicar que se prohiban libros que dan de sí tan mal exemplo y tanto daño dellos depende (1). Nada menos que «partos de ingenios estúpidos», «hez de libros», «inmundicias recogidas para perder el tiempo y estragar las costumbres de los hombres», llamaba nuestro gran hebraizante Arias Montano a los libros de caballerías en su elegante *Retórica*, compuesta en versos latinos, llegando a incluir al mismo Orlando en la caterva de los Amadises y Esplandianes:

..... Namque per nostra frequenter  
Regna libri eduntur, veteres referentia scripta  
Errantesque equites, Orlandum, Splandiana graecum,  
Palmirenumque duces et coetera: monstra vocamus  
Et stupidi ingenii partum, faecemque librorum,  
Collectas sordes in labem temporis; et quae  
Nil melius tractent, hominum quam perdere mores.  
Temporis hic ordo nullus, non ulla locorum  
Servatur ratio, nec si quid forte legendo  
Vel credi possit vel delectare, nisi ipsa  
Te turpis vitii species et foeda voluptas  
Delectat; moresque truces, et vulnera nullis  
Hostibus inficta, ac stolide conflictata leguntur (2).

A pesar de tan insistente clamoreo, entre cuyas voces sonaban las de los hombres más grandes de España en el siglo xvi, Vives, Cano, Arias Montano, Fr. Luis de Granada, la Inquisición mostró con los libros de caballerías una indulgencia verdaderamente inexplicable, no sólo por los pasajes lascivos que casi todos ellos contienen, sino por las irreverencias y profanaciones de que no están exentos algunos, como el *Tirante*. Pero es lo cierto que, por tolerancia con el gusto público o por desdén hacia la literatura amena, en los reinos de Castilla y Aragón corrieron libremente todos esos libros: ni uno solo se encuentra prohibido en el índice del Cardenal Quiroga (1583), que es el más completo de los del siglo xvi (3). Algo más severa se mostró con ellos la legislación civil, aunque no en el grado y forma que lo solicitaban los Procuradores de las Cortes de Valladolid de 1555, en su petición 107: «Otro sí decimos que está muy notorio el daño que en estos Reinos ha hecho y hace a hombres mozos y doncellas e a otros generos de gentes leer libros de mentiras y vanidades, como son *Amadis* y todos los libros que despues dél se han fingido de su calidad y letura y coplas y farsas de amores y otras vanidades; porque como los mancebos y doncellas por su ociosidad principalmente se ocupan en aquello, desvanecense y aficionanse en cierta manera a los casos que leen en aquellos libros haber acontecido, así de amores como de armas y otras vanidades; y aficionados, cuando se ofrece algun caso semejante, danse a el más a rienda suelta que si no lo oviesen

(1) *Summa de philosophia natural, en la qual assi mismo se tracta de Astrologia y Astronomia y otras sciencias. En estilo nunca visto, nuecamente sacada. Por el magnífico cauallero Alonso de Fuentes...* 1547 (Sevilla, por Juan de León). Fols. CXV y CXVI.

(2) *Rhetoricorum libri IIII. Benedicti Ariae Montani...* Antuaripiae, ex officina Christophori Plantini. M. D. LXIX. Pág. 64.

(3) *El Caballero Celestial*, de que hablaré en seguida, es una alegoría mística, y se prohibió por razones teológicas. El *Peregrino y Ginebra*, traducido del italiano por Hernando Días, no es libro de caballerías, sino una novela erótica.



leído... Y para remedio de lo susodicho, suplicamos a V. M. mande que ningún libro destos ni otros semejantes se lea ni imprima so graves penas; y los que agora hay los mande recoger y quemar, y que de aquí adelante ninguno pueda imprimir libro ninguno, ni coplas ni farsas; sin que primero sean vistos y examinados por los de vuestro Real Consejo de Justicia; porque en hacer esto así V. M. hará gran servicio a Dios, quitando las gentes destas lecciones de libros de vanidades, e reduciéndolas a leer libros religiosos y que edifiquen las ánimas y reformen los cuerpos, y a estos Reinos gran bien y merced».

Esta petición no fué atendida, y su misma generalidad y violencia se oponía a que prosperase, porque siempre fué temerario contradecir de frente el gusto popular. Lo que el Santo Oficio, con todo su poder y autoridad sobre las conciencias, no había intentado siquiera, menos había de acometerlo la potestad secular, cuyo influjo en estas materias era bien escaso. Los libros de caballerías siguieron vendiéndose libremente en la Península; no se publicó jamás la Pragmática anunciada por la Princesa Gobernadora doña Juana; contestando, en 1558, a las peticiones de las Cortes; y sólo en los dominios de América continuaron siendo de contrabando estos libros, a tenor de una real cédula de 4 de abril de 1531, confirmada por otras posteriores que prohíben pasar a Indias «libros de romances, de historias vanas o de profanidad, como son de *Amadis* e otros desta calidad, porque este es mal ejercicio para los indios, e cosa en que no es bien que se ocupen ni lean».

En vista de la indiferencia de los poderes públicos, discurrieron algunos varones piadosos, pero de mejor intención que literatura, buscar antídoto al veneno caballeresco en un nuevo género de ficciones que en todo lo exterior las remedasen, pero que fuesen, en el fondo, obras morales y ascéticas, revestidas con los dudosos encantos de la alegoría; procedimiento frío y mecánico, al cual no debe el arte ningún triunfo y que nunca puede ser confundido con el símbolo vivo, último esfuerzo de la imaginación creadora. Así nació el extravagante género de los *libros de caballerías a lo divino*, como a lo divino se parodiaron también los versos de Bosán y Garcilaso y la *Diana* de Montemayor.

La alegoría caballeresca con fin moral tiene antecedentes en dos obras francesas traducidas a nuestra lengua, la una en el siglo xv y la otra en el xvi: el *Pèlerinage de la vie humaine*, de Guillermo de Guilleville, que fué puesta en castellano por Fr. Vicente Mazuelo e impresa en Tolosa de Francia en 1490 (1), y el mucho más célebre *Chevalier Delibéré*, de Olivier de la Marche, libro de larga y curiosa historia en España, pues no sólo alcanzó dos traductores en verso, Hernando de Acuña y el capitán Urrea, sino que antes había entretenido los ocios del Emperador Carlos V, que le tradujo en prosa, movido, sin duda, de los elogios de la Casa de Borgoña que el poema de la Marche contiene. Esta versión cesárea es la que Acuña recibió encargo de poner en antiguas coplas castellanas y publicar con su nombre (2), y ora fuese porque se trasluciera su egregio origen,

(1) Colofón: *Fenesce el quarto libro y ultimo del pelegrinaje humano trasladado de frances en castellano por el rreuerendo padre presentado fray vinçente de maquelo a ynstancia del honorable señor maestro henrrico aleman que con grand diligencia lo hizo imprimir en la villa de tholosa en el año del señor de mill e quatroçientos e LXXXX. Fol. gót.*

(2) *El cavallero determinado traducido de lengua Francesa en Castellano por don Hernando de Acuña y dirigido al Emperador don Carlos Quinto Maximo.* Anvers, por Juan Steelsio, 1553, 4.º, con grabados en madera, que se repiten en todas las posteriores de Barcelona, Salamanca y Madrid. La plantiniana de 1591 tiene grabados en cobre.

Sobre la colaboración de Carlos V en este trabajo véanse las *Lettres sur la vie interieure de l'empereur Charles Quint, par Guillaume Van Male, gentilhomme de sa chambre, publiées pour la première fois par le baron de Reiffenberg* (Bruselas, 1843, publicado por la Sociedad de Bibliófilos Belgas). En la ep. VI, escrita en enero de 1551, dice Van Male: «*Caesar maturat editionem libri,*

ora por la fluidez y gracia de las quintillas de Acuña, *El Caballero Determinado* tuvo tanto éxito que fué reimpresso hasta siete veces durante aquel siglo, y dejó en la sombra la traducción de Urrea (1), hecha en tercetos tan infelices como las octavas de su *Orlando*.

Pero el *Pelegrinaje de la vida humana*, cuyo autor se propuso imitar a lo divino el *Roman de la Rose*, es más bien un viaje alegórico-fantástico que un libro de caballerías, y el poemita de Olivier de la Marche, salvo en lo que tiene de histórico y panegírico, apenas traspasa los límites de una sencilla y poco ingeniosa personificación de vicios y virtudes.

No se contuvo en tan modestos límites el valenciano Jerónimo de San Pedro (o más bien Sempere), autor de las dos partes de la *Caballería celestial de la Rosa Fragante* (1554). «Advirtiendo (dice en su prólogo) que los que tienen acostumbrado el apetito a las lecciones ya dichas (de los libros fabulosos y profanos) no vernian deseosos al banquete destas, aviendo de pasar de un extremo a otro, propuse les dar de comer la perdiz desta historia, alborozada con el artificio de las que les solian caer en gusto, porque mas engolosinándose en ellas pierdan el sabor de la fingidas, y aborreciéndolas se ceven desta que no lo es... Donde hallarán trazada, no una Tabla Redonda, mas muchas; no una sola aventura, mas venturas diversas; y esto no por industria de Merlin ni de Vrganda le Desconocida, mas por la Divina Sabiduria del Verbo Hijo de Dios... Hallarán tambien, no un solo Amadis de Gaula, mas muchos amadores de la verdad no creada; no un solo Tirante el Blanco, mas muchos tirantes al blanco de la gloria; no una Oriana ni una Carmesina, pero muchas santas y celebradas matronas, de las quales se podra colegir exenplar y virtuosa erudicion. Veran assi mesmo la viveza del anciano Alegorin, el sabio, y la sagacidad de Moraliza, la discreta doncella, los quales daran de sí dulce y provechosa platica, mostrando en muchos pasos desta *Celestial Caballería* encumbrados misterios y altas maravillas, y no las de un fingido cauallero de la Cruz, mas de un precioso Christo que verdaderamente lo fue».

Este singular programa no basta para dar completa idea de tan absurdo libro, que en su primera parte, intitulada del *Pie de la Rosa Fragante*, y en ciento doce capítulos llamados *maravillas*, recopila, en forma andantesca, gran parte de la materia del Antiguo Testamento, y en la segunda, o sea en las *Hojas de la Rosa Fragante*, alegoriza por el mismo procedimiento los Evangelios, convirtiendo a Cristo en el caballero del León, a los doce Apóstoles en los doce paladines de la Tabla Redonda, y a Lucifer en el caballero de la Serpiente. Todo ello es una continua parodia de los libros caballerescos, cuyas principales aventuras imita; pero lo que resulta escandalosamente parodiado por la cándida irreverencia del autor es la Sagrada Escritura; por lo cual no es maravilla que la Inquisición pusiese inmediatamente el libro en sus índices, y nunca llegara a imprimirse la tercera parte, que el autor promete con el título de *La Flor de la Rosa Fragante* (2). El rígido puritano Ticknor, que eludió, sin duda por escrúpulo de conciencia, el estudio de nuestros grandes ascéticos y místicos, hasta el punto de dedicar sólo una menguada página a Fr. Luis de Granada y otra a Santa Teresa (y a esto se llama «His-

*cui titulus erat Gallicus «Le Chevalier delibéré». Hunc per otium a seipso traductum tradidit Ferdinando Acunae, Saxonis custodi, ut ab eo aptarentur ad numeros rithmi hispanici; quae res cecidit felicissime. Caesari sine dubio, debetur primaria traductionis industria, cum non solum linguam sed et carmen et vocum significantiam mirè expressit.*

(1) *Discurso de la vida humana y aventuras del Cauallero Determinado, traducido de Francés, por don Ieronymo de Vrrea.* Anvers, en casa de Martin Nucio, M. D. LV. 8.º.

(2) Las partes primera y segunda fueron impresas en folio por Juan Mey en Valencia, 1554, y reimpresas en octavo por Martín Nucio en Amberes el mismo año.



toría de la Literatura española.!), se extiende con morosa fruición en el análisis de la *Caballería Celestial*, pretendiendo, a lo que se ve, hacer cómplice a la Iglesia católica de las necesidades de un escritor tan oscuro como Jerónimo de San Pedro. Tres cosas olvidó el crítico americano: primera, que el Santo Oficio se había adelantado a su censura prohibiendo *La Rosa Fragante* desde que apareció; segunda, que el libro es ridículo por la falta de talento y gusto de su autor, pero que la poesía simbólica, nacida del maridaje entre el misticismo y la caballería, no puede condenarse en sí misma, puesto que en manos de un gran poeta como Wolfram de Eschemback puede producir una maravilla como el *Parsifal*, y tercero, que sin salir de la cristiandad protestante y de la misma secta a que Ticknor pertenecía, puede encontrarse uno de los tipos más curiosos de novela alegórica a lo divino en el *Pilgrim's Progress* de Bunyan, tan popular y tan digno de serlo. La obra del calderero anabaptista, con su gigante Desesperación, su Prudencia Mundana, su demonio Apollyon, símbolo del Papismo, está más inspirada, sin duda, que la historia del maestro Anagogino, del anciano Alegorín, de la doncella Moraliza y del caballo de la Penitencia, pero las alegorías son igualmente absurdas y en manos de un incrédulo pueden prestarse a la misma rechiffa.

Aleccionados sin duda por la prohibición de la *Rosa Fragante*, no picaron tan alto los que después cultivaron este género, absteniéndose de profanar el texto sagrado y limitándose a modestas fábulas didácticas, que más tenían de morales que de propiamente teológicas. En este orden es muy apreciable por méritos de estilo y lenguaje, no menos que por su sana y copiosa doctrina, *El Caballero del Sol, o sea la peregrinación de la vida del hombre puesto en batalla... en defensa de la Razon, que trata por gentil artificio y extrañas figuras de vicios y virtudes, envolviendo con la arte militar la philosophia moral, y declara los trabajos que el hombre sufre en la vida y la continua batalla que tiene con los vicios, y finalmente enseña los dos caminos de la vida y de la perdición, y cómo se ha de vivir para bien acabar y morir*; libro impreso en Medina del Campo en 1552, cuyo autor fué Pedro Hernández de Villaubrales, uno de los buenos prosistas ascéticos del siglo XVI y de los más injustamente olvidados. No es la mejor de sus obras *El Caballero del Sol*, pero no se puede negar que están vencidas con ameno ingenio las dificultades inherentes al gusto alegórico, y que esta ética cristiana es un curioso ensayo de novela filosófica, enteramente libre de las monstruosidades que afean el libro de Jerónimo de San Pedro. Tuvo éxito el de Villaubrales, siendo inmediatamente traducido al italiano por Pietro Lauro (1557) y al alemán por Mateo Hofsteteer (1611) (1). A su imitación se compusieron otros que no llegaron a igualarle, como la *Caballería cristiana* de Fr. Jaime de Alcalá (1570), el *Caballero de la Clara Estrella o Batalla y triunfo del hombre contra los vicios*, poema en octavas reales de un tal Andrés de la Losa (1580); la *Historia y milicia cristiana del caballero Peregrino, conquistador del cielo, metaphora y symbolo de qualquier sancto, que peleando contra los vicios ganó la victoria*, obra pesadísima de Fr. Alonso de Soria, impresa en Cuenca en 1601. Algunos incluyen también en esta sección *El Caballero Asisio*, de Fr. Gabriel de Mata (1587), pero este prolijo poema no contiene más que la vida de San Francisco y algunos santos de su orden, sin que lo caballeresco pase del título y del extravagante frontispicio de la edición de Bilbao,

(1) *Il Cavalier del Sole, che con l'arte militare dipinge la peregrinazione della vita umana... tradotto di Spagnuolo in Italiano per messer Pietro Lauro. In Vinegia, per Gioanbattista et Marchio Sessa, 1557.* Tuvo tres reimpressiones: en 1584, 1590 y 1620.

Sobre la traducción alemana (*Der Edele Sonnenlitter*), impresa en Giesen, 1611, vid. Schneider en su citado libro *Spaniens Anteil*, p. 205.

que representa el Santo a Caballo y armado de todas armas, ostentando en la cimera del yelmo la cruz con los clavos y la corona de espinas, en el escudo las cinco llagas y en el pendón de la lanza una imagen de la Fe con la cruz y el cáliz. Lo que pertenece enteramente al género alegórico caballeresco a lo divino es otro poema rarísimo del mismo Fr. Gabriel de Mata, titulado *Cantos Morales* (1594) (1).

Como se ve, no es grande el número de ejemplares de este género, y si se añade que casi ninguno obtuvo los honores de la reimpresión, se comprenderá la poca importancia que tuvieron estos piadosos caprichos, sin duda porque la mayor parte de los lectores del siglo XVI opinaban con Cervantes y con el sentido común que los libros de pasatiempo «no tienen para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un genero de mezcla de quien no se ha de vestir ningun cristiano entendimiento».

En cambio fué enorme, increíble aunque transitoria, la fortuna de los libros de caballerías profanos, y no es el menor enigma de nuestra historia literaria esta rápida y asombrosa popularidad, seguida de un abandono y descrédito tan completos, los cuales no pueden atribuirse exclusivamente al triunfo de Cervantes, puesto que a principios del siglo XVII ya estos libros iban pasando de moda y apenas se componía ninguno nuevo. Suponen la mayor parte de los que tratan de estas cosas que la literatura caballeresca alcanzó tal prestigio entre nosotros porque estaba en armonía con el temple y carácter de la nación y con el estado de la sociedad, por ser España la tierra privilegiada de la caballería. Ticknor llega a clasificar estos libros entre las producciones más genuinas de nuestra literatura popular, al lado de los romances, las crónicas y el teatro. Pero en todo esto hay evidente error, o si se quiere una verdad incompleta. La caballería heroica y tradicional de España, tal como en los *cantares de gesta*, en las crónicas, en los romances y aun en los mismos cuentos de don Juan Manuel se manifiesta, nada tiene que ver con el género de imaginación que produjo las ficciones andantescas. La primera tiene un carácter sólido, positivo y hasta prosaico a veces; está adherida a la historia, y aun se confunde con ella; se mueve dentro de la realidad y no gasta sus fuerzas en quiméricos empeños, sino en el rescate de la tierra natal y en lances de honra o de venganza. La imaginación procede en estos relatos con extrema sobriedad, y aun si se quiere con sequedad y pobreza, bien compensadas con otras excelsas cualidades, que hacen de nuestra poesía heroica una escuela de viril sensatez y reposada energía. Sus motivos son puramente épicos; para nada toma en cuenta la pasión del amor, principal impulso del caballero andante. Jamás pierde de vista la tierra, o por mejor decir una pequeñísima porción de ella, el suelo natal, único que el poeta conocía. Para nada emplea lo maravilloso profano, y apenas lo sobrenatural cristiano. Compárese todo esto con la desenfrenada invención de los libros de caballerías; con su falta de contenido histórico; con su perpetua infracción de todas las leyes de la realidad; con su geografía fantástica; con sus batallas imposibles; con sus desvaríos amatorios, que oscilan entre el misticismo más descarriado y la más baja sensualidad; con su disparatado concepto del mundo y de los fines de la vida; con su población inmensa de gigantes, enanos, encantadores, hadas, serpientes, endriagos y monstruos de todo género, habitantes de ínsulas y palacios encantados; con sus despojos y reliquias de todas las mitologías y supersticiones del Norte y del Oriente, y se verá cuán imposible es que una literatura haya salido de

(1) Para la bibliografía de todos estos libros puede verse el *Catálogo* de Gayangos y las notas que puso en su traducción castellana del Ticknor.